

EL CONCURSO

Seudónimo: Sirrah

Ella tira de la cadena tras ayudarle a sentarse en la taza para recuperar el aliento.

—Recuérdame mañana que llame al banco —dice él con un hilo de voz.

—Vale, yo te lo recordaré.

Repite de nuevo la misma advertencia que ella sabe que es ridícula, pues, a su pesar, a él no se le olvidará hacerlo, desde que se despierte ese tema será recurrente y exclusivo, el moscardón que sobrevuela incordiando todo el rato, echando a perder esos preciosos instantes. Al otro lado del teléfono, le contestarán con paciencia y amabilidad lo de siempre, que de momento no se sabe nada, que por supuesto que en cuanto sepan algo lo llamarán, que la cosa va para largo, años quizá.

Él explotará ante la palabra años, «yo no tengo años» les gritará, ellos le recordarán que no es culpa suya, que son unos mandados, que entienden su indignación, pero que no pueden decirle más, y él se pondrá a toserle al teléfono, se echará mano al pecho y ella tendrá que tratar de calmarlo, darle agua, el jarabe, la morfina, subirle el oxígeno, coger sus manos y musitarle palabras de niño asustado mientras acuna su rostro descompuesto, con el teléfono descolgado como testigo. Y él, mientras recupera el resuello escondido en su pecho, sentirá una culpa infinita, un remordimiento que lo devora, llorará en silencio contra la rebeca de ella, sentirá que le ha fallado cuando más falta le hacía, que se marchará y la dejará sola ante esa jauría de lobos.

«Recuérdame mañana que llame al banco», también le ha dicho antes, mientras esperaban que empezara el concurso. Tenían puesto el televisor a todo volumen; la sintonía del programa, los aplausos, los silbidos y jaleos, la voz histriónica del presentador, reverberaban en la casa vacía.

El concurso lleva por nombre "Nosotros o vosotros" y en él se alternan preguntas y pruebas que una pareja debe superar para conseguir el succulento premio de cien mil euros, mientras otra pareja aguarda que la primera falle para ocupar su puesto.

—¡Empezaremos con la primera pregunta! —grita el presentador, mientras que pide calma al público con el gesto de quien está acostumbrado a tolerar niños malcriados—. ¿Estáis preparados? —la pareja, al unísono, asiente—. Bien, entonces, ahí va...

La primera pregunta parece sencilla, él conoce la respuesta, ella no. La pareja joven habla entre sí, por sus sonrisas queda claro que ambos la saben. Aciertan, gritos, aplausos, música...

Después, viene una prueba, los visten de una forma grotesca, con una especie de chubasquero amarillo, con rodilleras y coderas aparatosas, de las que usan los patinadores urbanos, el chico tiene que llevar a la chica en brazos y cruzar sobre una tabla una ridícula piscina portátil, que no tendrá más de un metro de profundidad. Lo consigue...

A él le ha dado un ataque de tos. Ella se ha levantado, pero él ya había cogido el vaso de agua y derramado más de la mitad por sus espasmos. Ella mira su cara congestionada con preocupación, le pregunta pero él se enfada porque no puede contestar y trata de hacérselo comprender con aspavientos poco amables. Ella le da una dosis de su jarabe, le frota la espalda. Él sigue tosiendo pero de forma cada vez más espaciada, después, cambia la tos por

un carraspeo doloroso con el que intenta expulsar sin éxito la flema que le constriñe las vías respiratorias.

—¡Sólo nos queda una prueba y una pregunta para que nuestra pareja concursante gane cien mil euros! —grita el presentador, al tiempo que el pecho de él parece haberse apaciguado y ella ha regresado a su sillón.

La última prueba consiste en que el joven pase a su pareja a través de una servilleta de papel. Parece imposible, pero él parece conocer un truco: dobla el papel y lo corta en espiral, como si al hacerlo creara un laberinto, y, al abrirlo, consigue que la servilleta tenga perímetro suficiente para pasarla desde la cabeza a los pies de la muchacha.

—¡Bravo! —grita el presentador y parece que el plató se venga abajo.

De nuevo, el presentador trata de calmar al público.

—Bien, y ahora, ¡por cien mil euros!, la última pregunta... ¿Quién dijo la famosa frase "El hombre es un lobo para el hombre"?

La duda se refleja en los rostros de los jóvenes, hablan entre sí en un tono inaudible, el realizador muestra la cara de expectación y esperanza indisimulada de la pareja de reserva.

—Robespierre —responde el joven.

—¡Nooo...! —vocifera el presentador.

Los concursantes salen de escena y, con rapidez, ocupa su lugar la pareja de reserva.

—¡En este concurso nunca gana nadie! —exclama él muy enfadado, golpeando la mesa.

—Vas a tirar el agua otra vez —advierte ella.

—¡Quítame esto! ¡No sé por qué todos los días me tienes que poner esta mierda de concurso!

—Pero si me has dicho tú que lo pusiera.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¡Qué va! Es a ti a la que te gusta, eres tú la que te empeñas en tragártelo, a mí no me hace ni puñetera gracia.

Ella abandona la discusión, le deja mascullar su mal humor, cambia de canal y confía en que ya se le pasará.

—Me quiero acostar —dice él al poco.

—¿Ya? Pero si es muy temprano.

—¡Me quiero acostar!

Ella no insiste, una vez más, percibe ese punto de bilis en su voz, el postrero rescoldo de su temperamento. Le ayuda a incorporarse, con paciencia, dejando que él marque el ritmo, con toda su lentitud, que se tome todo el tiempo del mundo en doblar cada articulación, en forzar cada brizna de su musculatura esquilmada, en arrastrar cada gramo de su exiguo cuerpo. Juntos avanzan por el pasillo, él advierte que ya no le saca la cabeza mientras procesionan entre viejas fotografías descoloridas, como acuarelas aguadas por la lluvia, de sus pocos viajes y celebraciones.

—¿Has cerrado la puerta? —pregunta él.

—Sí —responde ella.

—¿Seguro?

—Que sí.

Llegan al cuarto de baño, al final del pasillo a mano derecha, como ella le explicaba a las visitas, orgullosa entonces de haber logrado esa cima social que era el pasar de hacer sus necesidades en el corral de las gallinas a tener para tal fin un lugar impoluto, con olor a ambientador floral y forrado de baldosines como los hospitales. Eso sí que era progresar, se decía. No obstante, siguió guardando un orinal debajo de su cama, y utilizándolo, claro.

En la puerta del baño se suelta de ella. A partir de ahí camina solo hacia el váter, a través del angosto paso que queda entre la ducha y el lavabo. Mira hacia delante, trata de esquivar, como siempre, el espejo, de resistir la tentación de contemplarse. Con sus manos temblorosas abre los botones de su bragueta y busca dentro del calzoncillo. No puede evitar el pudor desmedido, la ridícula vergüenza ante ese pellejo oscuro e inútil, que se niega a orinar mientras ella aguarda en la puerta. Tiembla cada vez que entra al servicio, como cuando de niño lo llamaba su padre mientras blandía la correa; porque su cuerpo se ha convertido en el mayor traidor: sus intestinos, su vejiga, se rebelan en su contra y se niegan a echar la podredumbre de su interior y lo condenan a horas sentado sobre la fría loza o a estar de pie, sintiendo los espasmos en las piernas, sin que consiga arrancarse ni una gota y, luego, cuando menos se lo espera, se la lían. ¡Parece mentira!, él que se jactaba ante todos de su regularidad para hacer de vientre y verse ahora así. Durante más de cuarenta años, bien temprano, siempre antes de irse a trabajar y, después, cuando se jubiló, seguía igual, porque él continuaba levantándose a la misma hora, madrugando como antes y repitiendo todo el tiempo que la suerte siempre pasa a las seis. ¿Qué suerte?, se dice y, a veces, encerrado en el baño, de donde obliga a su mujer a marcharse con malas formas, aguarda y llora por su última derrota, la más ridícula, estúpida y personal.

Él quiere continuar hasta el dormitorio pero ella insiste en que se siente. Tira de la cadena sin darle tiempo a él a hacerlo.

—Recuérdame mañana que llame al banco.

—Vale, yo te lo recordaré —responde ella sin mirarlo.

La observa con suspicacia: sabe que no lo hará, que esquivará el tema como siempre. Él trata de instruirla todo el tiempo, de ponerla al día con todo lo que escucha en la radio o en la televisión sobre las malditas preferentes. Trata de enseñarla a ella pero ella no se deja, porque estas cuestiones han sido siempre de él y afrontarlas ahora es aceptar su marcha y eso sí que no. Él, que ve cómo lo ignora, cómo no entiende que, quiera o no quiera, no le quedará más remedio que lidiar con ese toro y con todos los demás, se exaspera ante su desinterés y la reprende: «¡Escúchame, mujer, que te tienes que enterar!». Pero ella no quiere enterarse, no quiere saber nada, se resiste a tantear con su pie el suelo que se hunde, a asumir su pérdida y negar el milagro, «erre que erre, la muy cabezota, como toda la vida», y, mientras ella se rebela con su indiferencia y su pretendida torpeza, él se enfurece, pierde los estribos y grita, la insulta y golpea la mesa con el resto de sus fuerzas, hasta que la tos lo imposibilita para las explicaciones y los reproches, e incluso para pedirle perdón por su mal genio, y ella lo perdona sin que le pida perdón y llora por su maldita manía de amargarse sus últimos momentos juntos de esa manera.

Retoman su periplo, la durísima etapa final de cubrir los últimos diez metros que los separan del dormitorio. Arrastra los pies, pero apenas consigue mover las zapatillas en chancla. Pasitos, pasitos cortos de muñeca a pilas de hace cuarenta años. Su respiración se torna horrenda, sus silbidos de fuelle roto resuenan en el pasillo, se hunde más los tubos del

oxígeno en su nariz, desesperado por la falta de aliento. Se sumerge en el dormitorio a oscuras como el buzo suicida que se empeña en bajar más y más.

Ella, con su mano libre, pulsa el interruptor y baña con una luz mortecina los muebles comprados al casarse con los ahorros de todo un año: el armario, la cama con las dos mesitas a los lados y el crucifijo encima, la descalzadora y la coqueta; la madera y los tiradores oscurecidos, cubiertos por la pátina de toda una vida, de sus dos vidas enteras, juntas, sumadas y descontadas día tras día.

—¿Quieres que deje la calefacción puesta? —pregunta ella.

Él se ha dejado caer pesadamente sobre la cama, jadea, es incapaz de responder, niega con el gesto. Un sudor de escarcha perla su frente, se agarra a los huecos oscuros de sus quijadas descarnadas, a los cañones de su barba hirsuta y cana, que esta mañana ella afeitó y han crecido, parece mentira, en horas, a la misma manera veloz de eso que tiene dentro y que lo está devorando. Él siempre lo llama "eso": tengo "eso", a ver si se para "eso", no sé si me dejará "eso". Todas las fechas del calendario pendientes de "eso", de si dará una tregua o asestará el golpe definitivo. A su merced, a su capricho, como un gato que juega con un ratón, el enemigo a las puertas que se regodea en su victoria, que hace de su voluntad caprichosa tortura, saboreando con sadismo la última esperanza.

—Que si quieres que deje la calefacción —insiste ella.

—¡No! —responde con un soplo de voz emponzoñado como un escape de gas.

Ella dobla su cuerpo con dolor y tira con todas sus fuerzas de los calcetines, aferrados a sus pies hinchados. Le sacude la piel muerta de sus tobillos, brillante como si se deshiciera en sal. Él hace un esfuerzo ímprobo para incorporarse de la cama y facilitarle a ella el cambio

de sus calzoncillos que se ha ensuciado sin darse cuenta. Ella, por la costumbre, ya apenas percibe los olores de la incontinencia y la enfermedad; pero no puede evitar estremecerse ante las llagas de sus nalgas. Ella las mima con cremas de bebé mientras trata de hablar sobre cualquier tema, para distraer su atención y que no sienta lo que sabe que está sintiendo; pero se queda sin palabras, sólo le afluyen unas inmensas ganas de llorar que evita con las pocas fuerzas que le deja el peso de él. Tiene que soportar la congoja que le oprime el pecho, no puede despeñarse por el llanto todavía; después, luego, cuando duerma y se haga un ovillo junto a él.

Buscan su postura óptima, esta pierna aquí, la otra allá, un poco más separada, un almohadón bajo la espalda y dos bajo la nuca. Por fin, dobla el borde de la sábana sobre la manta y mete el embozo bajo su barbilla. Él sigue el rastro del tubo del oxígeno desde su nariz hasta el lado de la cama: no hay dobleces ni nada que lo presione. Tantea sobre el cristal de la mesita, el vaso en su sitio, las pastillas, el inhalador, todo está bien.

—Qué coraje me da cada vez que me acuerdo —dice.

—¿Cada vez que te acuerdas de qué? —pregunta ella.

—De los pobres tontos del concurso... ¿Quiénes van a ser? Tenían pinta de que les hacía falta.

—¿Y a quién no le hace falta?

Ella percibe el frío de la casa al desnudarse, aunque no insiste en dejar la calefacción encendida. Se quita los pendientes y los deposita sobre la coqueta. Saca el camisón de un cajón descolgado, que sabe que ya no arreglará él. ¿Quién subirá las mantas al altillo o reparará el lavabo cuando pierda o cambiará las bombillas que se fundan? ¿Quién se peleará

con los de la luz o los del teléfono cuando le cobren de más o le ajustará las cuentas a los del banco? A esos que les han quitado los pocos ahorros que tenían y con los que ella se ve incapaz de luchar y se siente como una niña asustada y torpe. Las lágrimas asoman al rostro que se contempla en un espejo desconchado y viejo, quedan suspendidas en los laberintos de arrugas que rodean sus ojos. Aguanta, se dice, y consigue que no caigan.

Ella apaga la luz y se acurruca junto a él, junto a esa montaña abatida, junto a ese pecho que ruge monótono como un gramófono cuya aguja llegó al último surco. Ella se aprieta contra él, aunque no todo lo fuerte que quisiera, pues tiene miedo de hacerle daño, de que sus vigas carcomidas no resistan tanto amor, toda la ternura que, como el dinero, ella ha ahorrado y escatimado durante toda la vida y, ahora, amenaza con quedarse en sus manos sin que la pueda gastar, con convertirse en billetes fuera de circulación, papel muerto con el que tendrá que cargar sola durante el resto de sus días. Aprovecha la tormenta de su pecho para enmascarar sus sollozos, aunque le da miedo mojar su pijama con sus lágrimas. Nota, a través de su camisón, su calor y siente la angustia de cambiarlo por una cama inmensa y fría, por una noche silenciosa sin sus ruidos. La soledad abre sus fauces y la mira en la negrura de su dormitorio y ella, en silencio, llora, se desahoga de todo el llanto contenido durante el día, abre sus compuertas mientras la sacude el terror al mañana.

Logra calmarse y lucha con todas sus fuerzas por no dormirse, pues quiere apurar la existencia de él, como las últimas gotas un naufrago, como los instantes finales el condenado a muerte. Reza de forma convulsiva, lanza letanías desesperadas, mensajes en una botella que navega en la tempestad del pecho de él, hasta que, por fin, se duerme y sueña que sigue pegada a su espalda, pero no en la cama sino mientras ascienden por una escalera vertical. Sin

embargo, le cuesta mucho seguirlo porque él sube muy rápido. Es buena señal, se dice y se alegra. La escalera es muy alta, los peldaños no se acaban. Ella se cansa pero él parece que no y llega al final mucho antes e, incluso, es capaz de subir los dos últimos escalones de un tirón, izándose sobre el pasamanos como un muchacho. Sólo al verlo arriba, ella cae en la cuenta de que están subiendo un trampolín, aunque continúen vistiendo sus pijamas. Lo contempla sobre la tabla, con espanto lo ve caminar hacia delante, decidido. Le grita, pero él no la escucha. Con el resto de sus fuerzas, trata de ascender a toda prisa; mas alcanza la cumbre justo a tiempo para verlo desaparecer al final de la tabla.

Se despierta sobresaltada y se encuentra con los ojos de él, abiertos, observándola mientras sonrío.

—¿De qué te ríes? —le pregunta.

—He tenido un sueño —contesta él.

Ella siente un vahído, no se atreve a preguntarle con qué ha soñado porque tiene el palpito de que han compartido el sueño y, si es así, y él se empeña en contarlo, sabe que no podrá evitar los sollozos, que todo será un diluvio de llanto que arrasará las paredes y sus cuerpos como si sus vidas fueran sólo una estúpida acuarela sumergida en esa piscina al final del trampolín, una piscina que va a llenar con la avenida de todas esas lágrimas contenidas y en la que se ahogarán sin remedio.

—He soñado —cuenta él, sin que ella pueda detener su narración— que la pareja joven ganaba el concurso.